

Latidos (de vainilla y 'puedeser')

Que no nos rompan la olla

Críticos tiene el Cine, como doctores la Iglesia. No soy lo uno ni lo otro, pero osaré hablar del primero.

Miguel Ángel Huerta, que sabrá disculparme el intrusismo, me corregirá si me equivoco.

Los más grandes, siempre, han sabido llegar a lo más hondo dejando en nuestro rostro una sonrisa.

Desde el inmenso Billy Wilder hasta los hermanos Marx, el propio Allen, Ernst Lubitsch o Charles Chaplin, todos ellos supieron acercarse a su tiempo, buscando la llaga para el dedo... y sin renunciar por ello al humor. La mirada y la voz del ingenio apuestan por la crítica social, política y costumbrista sin prescindir del divertimento (que no es —claro— burda chabacanería envuelta en supuesta carcajada).

El rigor y la profundidad no están reñidos con lo cómico. Lo divertido no se opone a lo trascendente. La gracia y el talento son —tan sólo— antónimos de lo aburrido; jamás de la seriedad.

Por eso la obra de Roberto Benigni alcanza colinas de poesía: muestra lo más execrable, muestra toda la injusticia... pero no sólo se queda ahí. Recoge al ser humano en su conjunto: capaz de todas las fosas, abismos y bajezas; capaz, también, por suerte, de todas aquellas cumbres

que nos reconcilian con la especie.

La película ha recibido protestas por parte de ciertos círculos: algunos han visto en ella una trivialización del Holocausto. Nada tan lejos —considero— de lo queda bien reflejado: un hombre que, antes de dejarse la vida (y esto no son metáforas), se ha dejado también la piel, para que su hijo encuentre otra realidad... distinta a la que un campo de concentración ofrece. Y sin Frank Capra nos contó *Qué bello es vivir*; Benigni —como director, coguionista e intérprete— proclama que *La vida es bella*.

Las *Palabras para Julia* que Goytisolo llegó a escribir, resultan bien aplicables al personaje de Josué, esa criatura de Guido: "(...) Nunca te entregues ni te apartes/ junto al camino nunca digas/ no puedo más y aquí me quedo./ La vida es bella tú verás/ como a pesar de los pesares/ tendrás amor tendrás amigos (...)".

En la película del cineasta italiano, a Josué le toca jugar a un *escondite*, que nada tiene de halagüeño.

Un juego lleno de integristas y fanáticas trampas. Un *escondite* muy real donde el fascismo y la barbarie pretenden siempre romper la olla.

Oscar Sánchez Alonso

oscarsanchez.alonso@upsa.es